

IMPERIO E INFORMACIÓN,
de Arndt Brendecke
Iberoamericana-Vervuert, Madrid,
2012 | 596 pág. | 29,80 €

En el comienzo de la escena inicial del musical *Mar i Cel* (*Mar y Cielo*), mientras se debate en la corte de Felipe III la expulsión de los moriscos, un personaje exclama que el Papa ignora el peligro que representan. El comentario indica cómo, en la España moderna, era posible

cuestionar una instancia de poder alegando su desconocimiento de una problemática. En *Imperio e información*, el historiador Arndt Brendecke presenta un exhaustivo análisis de esta interacción entre saber y legitimidad política, dentro del marco de un inmenso imperio ultramarino.

Puesto que el Rey no podía conocerlo todo por sí mismo, necesitaba criterios en los que fundamentar sus actos. Para cumplir sus funciones, tenía a su servicio un amplio catálogo de recursos, desde mapas e informes a una extensa burocracia. Todo para satisfacer su necesidad de conocer lo más enciclopédicamente posible la geografía, la demografía o la cultura de sus dominios. El Archivo de Simancas se creó para centralizar una masa de documentación inabarcable. ¿Cómo olvidar la imagen de un Felipe II desbordado ante una masa de trabajo descomunal? Sin embargo, una cosa eran los instrumentos de saber potenciales y otra su utilización real. Brendecke nos lleva a preguntarnos sobre tantos papeles que acabaron durmiendo el sueño de los justos.

Y es que un exceso de saber podía crear problemas más que resolverlos. De ahí que el poder prescindiera de datos para agilizar la toma de decisiones. Los estadistas se movían por inquietudes políticas, no por afanes científicos. Se trata de acumular información objetiva, pero sobre todo de canalizar intereses distintos y a veces contrapuestos. Los de aquellos que, a través de informaciones tendenciosas, buscaban inclinar la voluntad real en beneficio propio. Empezando por los propios ministros: en teoría, canales para que la voz del pueblo llegara hasta el Rey, aunque en la práctica fueran más compuertas (cierran) que puertas (abren). Por ello, la Corona procuró fórmulas de consenso. Lo comprobamos en la actuación de los cronistas oficiales de Indias, reacios a la historia del tiempo presente para no lastimar a ningún grupo de presión.

El gobierno se encontraba ante un dilema: confiar en las elites locales, identificadas con intereses propios ajenos a la monarquía, o confiar en funcionarios que no conocían América por sí mismos. Se optó por la segunda opción, pero con mecanismos de flexibilidad. Así, el famoso “acato, pero no cumplo” de los virreyes, más que una expresión de cinismo, era un recurso para adaptar las órdenes a circunstancias imprevisibles. **► Francisco**

Martínez Hoyos

“ El “somos informados” comportaba una alusión a la fragilidad del conocimiento que se tenía, señalaba el hecho de que el soberano dependía de informantes y contemplaba así la posibilidad del error (p. 120). ”